

EL VIRREY PEZUELA CONTESTA A SAN MARTIN SUS OFICIOS  
DEL 11 DE ABRIL. OTROS OFICIOS ENTRE AMBOS

Lima, 11 de junio de 1818.

(197)

Señor don José de San Martín.

Muy señor mío y de mi particular atención:

La victoria de que usted me habla en carta de 11 de abril último ganada el 5 por las tropas de su mando en los campos de Maipo sobre las de nuestro soberano se la facilitaron causas demasiadamente notorias para que haya necesidad de atribuirle a la llamada suerte de las armas. Confié, y el suceso del 19 de marzo lo acredita que la expedición que dirigí a la reconquista de ese reino llenaría el objeto de su misión, pero no ha sucedido así, y ya que esta última desgracia, tal cual haya sido en la realidad, ha puesto en manos de usted un crecido número de prisioneros, me complace al verle dispuesto a tratarlos con la humanidad que expresa. Algún recelo podría inspirar, no obstante la injuriosa suposición de que si se hubiesen cambiado las situaciones, nuestras tropas habrían ejecutado en sus soldados un horrible trato, conforme a las bárbaras órdenes de su jefe. Tan atroces calumnias no están bien en la pluma de todo hombre bien complexionado; el general Ossorio en todas partes y en ese mismo reino ha dado pruebas de un carácter decidido hacia la compasión en favor de sus desventurados semejantes; y el trato que aquí se les ha dado siempre a los prisioneros hechos en el Alto Perú es un comprobante de que una conducta contraria no le habría sido aprobada por sus jefes superiores; cuan diferente, por cierto, el que experimentan los de las tropas del rey en todos los puntos en que han tenido la fatalidad de caer bajo el poder de los que se esfuerzan para sustraerse de su autoridad y establecer un gobierno independiente de ella, los arreglados socorros que reciben los unos, y la desesperante miseria y la absoluta destitución a que están condenados los otros, marca bien la distancia que hay entre un padre que quiere reducir a sus hijos a la razón y al deber, y estos mismos hijos que pretenden eximirse de su obediencia a fuerza de furor y despecho. Tal es el contraste, que hasta hoy ha esta-

do de manifiesto desde el principio de la destructora revolución de Buenos Aires; contraste que habría sido aun más perceptible si el espíritu turbulento de muchos de estos prisioneros, no hubiese puesto obstáculo a los deseos que ha tenido el gobierno de dispensar a todos la absoluta libertad que disfrutaban algunos pocos moderados entre ellos. Acaso variará esta perspectiva en la parte que esté en manos de usted mejorarla; y lo espero en fuerza de sus solemnes ofrecimientos. A los primeros que usted me hizo en su correspondencia de 31 de octubre, le manifesté en contestación de 18 de diciembre mi pronto y gustoso allanamiento al cambio de prisioneros; y a la devolución de estos confinados a quienes había puesto en libertad para que regresasen a sus hogares, luego que lo pudiesen ejecutar sin perjuicio de los preparativos militares en que me hallaba entonces ocupado para la recuperación de ese reino. Esta correspondencia fue conducida por el comandante de la fragata inglesa de guerra **Amphion**, el cual se manejó en su venida, mansión y regreso de esta capital de una manera ciertamente, que me daba poca confianza contra lo prohibido por su gobierno bien claramente manifestado por sus decisiones estampadas en los papeles públicos.

Vino posteriormente la corbeta de guerra **Ontario** de los Estados Unidos Americanos; y habiéndome su comandante ratificado con la más viva expresión la generosidad de los sentimientos de usted, y de la positiva disposición, en que le dejaba, de remitir todos sus prisioneros en cambio de los de Chile y Buenos Aires existentes aquí, no balancee ya en mandarle éstos, y a él mismo le propuse, o que los llevase a su bordo o que diese convoy a una fragata, que fletaría para conducirlos. No se prestó a lo segundo, por lo que se dilataría su navegación, ni a lo primero por falta de capacidad en su buque, y sólo llevó cuatro oficiales que dijo poder transportar, y a don Félix D'Ollhaberriague comisionado de este gobierno para concluir la negociación de canje establecida.

La debo considerar ya terminada, mediante la nueva incitativa que me hace usted por su última precitada del 11 de abril, aunque la igualdad rigurosa de rango y clases a que usted sujeta el cambio, dejará siempre mucha desigualdad entre mi generosidad que se prestaba a devolver todos por todos, cuando tenía yo aquí muchos más prisioneros que usted y la idea que se procuró inspirarme de la suya no obstante la propuesta está en el orden de la guerra y rectifico la que hice por mi carta que le condujo Blanco, y por instrucciones dadas a éste, a efecto de



igualar con el número la superioridad de los grados en cuya virtud caminaron en una embarcación proporcionada, que he mandado fletar, todos los prisioneros sin excepción, y además los confinados de ese reino, al cargo del capitán graduado de teniente coronel don Pedro Noriega, que ha recibido ya la orden correspondiente y deberá encargarse también de retornar en el mismo buque los que deban venir en cambio del ejército del rey si es que usted no se explaya a mandarlos a todos.

Entre los canjeados deben estar comprendidos, desde luego, el referido Noriega, que me entregó la carta última de usted por el de igual clase don Juan José Valderrama, uno de los cuatro que le despaché en el **Ontario** y en este concepto debe quedar aquel en libertad y aptitud de continuar sus servicios.

Mucho he celebrado la prudente previsión que ha tenido usted de haberse valido de Noriega para su comunicación última, con preferencia a todo oficial de su ejército, pues así se evita la repetición de la falsedad e ingratitud de Torres, que sobre las quejas más injustas del trato que recibió, ha abusado de mi urbanidad obsequiosa y de la franqueza que le permití, para adquirir y trasladar a usted el pormenor más prolijo de mis aprestos militares, formar un plan de desembarco en el puerto de Huarmey con señales de inteligencia para verificarlo, y otras maquinaciones que al mismo tiempo comprueban el desahogo que gozó aquí, y su disposición diametralmente opuesta al objeto de su misión en todo sentido; lo cual unido al empeño del comodoro Bowles para volverse a Valparaíso a los cinco días de su llegada al Callao y de que Torres tratase desde a bordo, deja poca duda de la verdadera idea del viaje de la **Amphion** en las circunstancias en que le hizo.

Con este motivo tengo el de ofrecerle cuantas consideraciones particulares estén al alcance de éste su seguro servidor que sus manos besa,

*Joaquín de la Pezuela*

Lima, 11 de Junio de 1818.

(198)

**Señor General don José de San Martín.**

Muy señor mío y de mi particular atención:

El papel de usted de 11 de abril último, trae todo el carácter de una verdadera intimación, nacida del envanecimiento con que lo acalora la victoria en el Maipo. Ningún misterio envuelve el deplorable origen de la guerra civil que aflige la América del Sur desde 1810 o, por mejor decir, desde el momento en que, invadida la España por el tirano de la Europa con escándalo de todas las naciones, ha sido abandonada por la capital de Buenos Aires, cuando esperaba más el auxilio y socorro de sus hijos para defender la independencia que ya volvió a adquirir con tanta gloria. Las aspiraciones de un corto número de fascinados colocaron las armas en manos de una muchedumbre de españoles americanos, con el fin de formar en su suelo un estado diverso sobre las ruinas de la metrópoli y su mismo país; y el gobierno legítimo de la nación trata de contener los progresos de este fuego homicida y conservar la integridad de ella. No puede caber opinión problemática sobre quienes han sido los causantes de los males temibles que ha producido la contienda entre los individuos de una propia familia, ni el éxito que favoreciese a los promotores de la insurrección en el término de la lucha, aun cuando los eleve a la clase reconocida de nación soberana, podría jamás disculpar en aquellos la criminalidad de su primer intento, ni eximirlos de la responsabilidad ante Dios, de la sangre derramada y las fortunas destruidas para conseguirlo, al paso que las autoridades que sostienen a costa de la suya las leyes de estos reinos, y la integridad del territorio, no sufrirán en sus conciencias la horrenda agitación de tan cruel remordimiento. Engreído por una acción feliz, usted se avanza a proponer consejos que no sirven para el hombre de honor, queriendo intimidar a un soldado viejo, que despreció la muerte tantas veces con la amenaza de conspiraciones contra su vida y la de los que gobierna a nombre de su legítimo monarca. Excuse usted tan reprobado idioma; y viva firmemente persuadido que el esclarecido vecindario de Lima y todos los habitantes de este virreinato, son de opinión muy contraria a la que usted les supone: ellos apeteecen, si, la paz y el sosiego, lo desea el rey, y yo tendría la mayor satisfacción en conseguirla; pero apartado usted enteramente de propender a ella, propone lo mismo que aleja toda esperanza. Siga, pues,



enhorabuena le marcha peligrosa de sus avanzados proyectos, que más adelante podrá decir si al virrey del Perú no le quedan arbitrios para contrarrestar la alevosa perfidia y los medios con que usted lo amenaza, condenados por la razón y desconocidos por el derecho de gentes, si la población ilustre de esta capital ama o no a su soberano y si las armas de este rey son o no impotentes, como usted afirma.

Aprovecho, sin embargo, esta ocasión de ofrecer a usted las particulares consideraciones con que le distingue su atento y seguro servidor q. b. s. m.

*Joaquín de la Pezuela*

—o—

Lima, 20 de Julio de 1818.

(199)

**Señor General don José de San Martín.**

Muy señor mío y de mi particular atención:

Cuando la fragata **Miantinomo** estaba pronta para salir a la mar y conducir a su bordo todos los prisioneros militares de la clase de oficiales y tropa, así como a los vecinos confinados de ese reino, y avisados unos y otros para embarcarse como dije a usted, en 11 de junio próximo pasado, llegó de regreso de Valparaíso la corbeta anglo-americana de guerra **Ontario** con el comisionado que envié a ella, don Félix Olhaberriague y Blanco, sin ninguna contestación del jefe que dejó usted mandando en Chile, porque dice éste que yo escribía particularmente y no de oficio, y que en tal caso, ni consideraba a aquel bastante autorizado para la expedición del encargo ni él, sin otros antecedentes, se juzgaba en aptitud de abrir comunicaciones sobre canje. Es bastante perceptible, y yo le indiqué claramente en aquella mi correspondencia la causa por qué fue girada del modo que ha servido de pretexto para inutilizar su objeto; y nunca estos puros accidentes debieron pesar más en un corazón bien complexionado, que el espíritu de

proximidad y el deseo de disminuir los males de la presente guerra y aliviar la suerte de sus desventurados semejantes, para tratar de insuficiente y sin carácter el mensajero y dar por concluido el asunto que usted promovió y yo acepté con mucho gusto, y despedirle para su vuelta. Además de haber llevado firmas mías que acreditaban su misión, bastaba sólo el haber conducido cuatro oficiales de las tropas de Buenos Aires, cuyo cambio únicamente podría garantizarse por la buena fe que usted tiene proclamada para que no se dudase de la mía, y se pagase tan mal mi generosa disposición en anticipar a todos los dichos prisioneros y confinados, sin hallarse en mi poder igual número de los del rey de ambas clases.

Por esto, y porque haber hecho pasar la cordillera a los jefes y oficiales del ejército real tomados en la acción de Maipo a pie, abundando en ese país las caballerías y cuando aquella, por la estación, debía ofrecer un tránsito peligroso, y haber obligado después de cerrada, a salir de Santiago con el mismo objeto al coronel del Burgos, en iguales términos de molestia y desamparo y en circunstancias de hallarse manco y enfermo de gravedad, así como al jefe del estado mayor don Joaquín Primo de Rivera, luego que se tuvo noticia de la llegada del parlamentario Blanco a Valparaíso, que parecen otras tantas contradicciones con el éxito del convenio entablado, he suspendido la marcha de aquellos que, según tengo indicado, se hallaba ya en víspera de verificarse; al menos, semejante conducta acredita ciertamente que el canje por usted suscitado, no era conforme a la voluntad del que dejó mandando en Chile, puesto que alejó su ejecución, separando los prisioneros del ejército del rey a distancias que lo hagan casi impracticable, despidiendo a mi parlamentario por suponerlo sin credenciales, a pesar de los datos que lo autorizaban, y amenazándole más de una vez que sería acaso pasado por las armas, por atribuirsele sin fundamento siniestros objetos en su encargo.

Tres capitanes heridos e incapaces de servir, y el de igual clase con el grado de teniente coronel don Pedro Noriega, enviado antes por usted de parlamentario, son los que han venido por el teniente coronel efectivo Quesada, y tres capitanes que llevó la **Ontario**; de que resulta que ni aun siquiera se ha cumplido la propuesta de rango por rango que usted hizo, por la diferencia que se observa entre el carácter del último de aquellos y primero de éstos. Ha llegado también el alférez de navío don Ramón García del Postigo, y aunque no estoy instruido del modo y términos en



que se ha verificado su libertad, remito en su lugar al teniente don Juan de la Cruz Molina, que será entregado por el señor comandante de la fragata inglesa de guerra **Andromaca**, a fin de que aquél quede en el arbitrio de proseguir su carrera militar. Yo creo que usted y cuantos hayan observado mis diligencias en este respecto, distinguirán fácilmente por quien se ha paralizado una obra la más interesante a la humanidad desgraciada.

No desistiendo, con todo, de mis aspiraciones a proporcionarla, en cuanto esté de mi parte prestar algún consuelo, he pedido al comandante de la fragata inglesa de guerra **Andromaca**, admita a su bordo a los oficiales de las tropas de Buenos Aires, capitán don José Navarro, teniente don Juan Graña, subteniente don Arsenio Lezcano y el de igual clase don Nicomedes Martínez; y habiéndose allanado, los conduce efectivamente, para que, en cambio, se facilite la venida del capitán don Felipe Sánchez de Lamadrid, del teniente don Miguel Quiñonez del subteniente don Enrique Olaguer Feliú y el de igual clase don Juan Palomeque.

Van igualmente los vecinos confinados de ese reino don Francisco de Paula Toro Caldera y don Francisco Vergara, en lugar de Ex-Helme y Casanova; así como don Joaquín de Echevarría y Larraín y don Agustín de Gana, por una concesión graciosa de este gobierno, inclinado siempre a la beneficencia.

Tengo con este motivo la oportunidad de ofrecer a usted las particulares consideraciones que estén al alcance de éste su seguro servidor q. b. s. m.

*Joaquín de la Pezuela*

—o—

Santiago de Chile, 10 de noviembre de 1818.

(200)

Señor Virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela.

Muy señor mío de mi particular atención:

Si hubiera de contestar en detal los puntos comprendidos en las dos cartas de usted de 11 de junio y en la de 20 de julio último, sería necesario remontarnos al origen de las pretensiones de la América, recopilar la historia de la conducta del gobierno español desde la conquista y analizar las desmejoraciones de ese benigno padre cuyos decretos hacen estremecer la humanidad. Este recuerdo realizará el contraste de la política de la corte de Madrid con el candoroso manejo de la América, presentará finalmente por parte de aquella la legitimidad de un monarca sin otro derecho que la fuerza y por parte de ésta la justicia, la razón y la naturaleza.

Corra usted el velo a la preocupación y su sentimiento íntimo reconocerá en la serie de los sucesos del Nuevo Mundo los verdaderos agentes de las desgracias que los afligen, verá usted entonces que la América ha tomado las armas para defenderse después que sus sacrificios recibieron por premio la ingratitud de los gobiernos insurgentes que rigieron la Península desde 1808 después que cada uno de éstos disputó y sancionó el derecho de dominarla y después que sus reclamos justificados por la opinión de las naciones cultas fueron rechazados como un crimen.

Desgraciadamente para la humanidad tampoco el nuevo padre al ocupar el trono de España en el año de 1814 encontró un medio de salvar la dignidad del cetro sin el exterminio de los americanos que llamó rebeldes. Recorra usted sus reales órdenes, compárense el número de víctimas sacrificadas por los descréditos de Fernando con la moderación de los gobiernos de América y el diferente carácter que por ambas partes se ha dado a la guerra, y decida la razón imparcial si la América debe dejar las armas de la mano hasta conseguir su independencia. Por lo que toca a los gobiernos de las Provincias Unidas y Chile cuyos ejércitos tengo el honor de mandar, estoy seguro no pararán su marcha hasta llegar a este glorioso término.

No es el engreimiento de la victoria como usted supone que ha formado y forma este lenguaje sino el convencimiento de que la razón y la fuerza no deben humillarse a títulos imaginarios. No puede usted haber olvidado que los contrastes de una batalla han sido siempre entre nosotros el germen de acciones heroicas.

Reduciéndome al contesto de la carta de 11 de julio quedo agradecido a la disposición favorable de usted por el alivio de los desgraciados prisioneros, y si me hace justicia debe creerme que nada mortifica tanto a mi corazón que la suerte de estos infelices.



Yo propuse el canje por conducto del mayor Torres y lo hubiera concluido si la situación de usted le permitiese tratar conmigo este asunto con las formalidades de la guerra. Una línea que divide los sentimientos privados de usted y sus deberes públicos le detienen para no extender aquellos con desaire de su dignidad, y esa misma paraliza los míos en la ejecución de un asunto que he mirado con interés.

Por más que el comisionado Olhaberriague y Blanco haya desfigurado los motivos que motivaron su comisión, ellos están fundados en principios establecidos en la ley común de estas naciones. Hasta ahora nadie ha dado a una carta privada la validez de credencial para ningún convenio pacífico de nación a nación, a menos que se pretenda que los americanos cierran los ojos a la mera insinuación de un jefe español. En cuanto al tratamiento que ha recibido Blanco, permítame usted le asegure que estos pueblos vituperan la ingratitud. El fue hospedado en casa de uno de los primeros jefes de este ejército y distinguido como no lo ha sido aun entre los españoles, ninguno de los más condecorados agentes desde el principio de la revolución. Su seguridad personal jamás fue atentada. Usted no ignora que los documentos que presentó infundían mejor la sospecha de una maniobra de espionaje que los que autorizaron al mayor Torres. Si él es caballero confesará a usted que se le obsequió con más comedimientos de lo que comunmente se dispensa a un oficial de paz.

Mi substituto, el brigadier general don Antonio Balcarce, cumplió exactamente mis órdenes acerca del canje. Insisto en lo mismo, y supuesto que usted no puede negociar en forma este asunto, tampoco puedo admitir los cuatro oficiales prisioneros del ejército de las Provincias Unidas que usted me remite por igual número. He mandado al capitán don José Navarro, teniente don Juan Graña y subteniente don Asencio Lascano y don Nicomedes Martínez regresen al Callao en primer oportunidad a disposición de usted como prisioneros que son de las tropas del rey. Lo hubiera realizado en la fragata **Andromaca** si el señor Shireft se hubiese allanado a darles pasajes. Nada de esto impide el que respectivamente apliquemos los medios de aliviar a estos desgraciados; yo me prometo que usted tomando cuantas precauciones sean necesarias para su seguridad les alivie en la opresión en que han gemido, para que al menos conserven su salud respirando otro aire que el de las bóvedas de Casas-Matas, por mi parte los de igual clase del ejército de tierra y los de la fragata de guerra **Reina María Isabel**

recibirán el consuelo compatible con sus circunstancias, en todo caso la conducta de usted reglará religiosamente la mía.

El señor comandante Shireft de la fragata de guerra de S. M. británica **Andromaca** me ha impuesto de la favorable disposición de usted a admitir un comisario de prisioneros nombrado por mí para que les auxilie con algún entretenimiento en numerario. A este efecto he nombrado al señor don N. Abadía quien si fuere del agrado de usted suministrará mensualmente bajo mi responsabilidad treinta y cinco pesos al teniente coronel Tollo y por su conducto 25 a los capitanes, 20 a los tenientes, 16 a los subtenientes, 9 a los sargentos, 7 a los cabos y 5 a cada uno de los soldados prisioneros de las Provincias Unidas, los que serán puntualmente satisfechos en los términos en que con esta fecha le prevengo. Del mismo modo podrá usted nombrar un comisario ya sea de esa capital o ya de ésta para que asista a los prisioneros del ejército del rey según lo tuviese a bien.

Quisiera que el tiempo apresurase la terminación de los males de que se resiente la América. Me lisongeo animarán a usted iguales sentimientos, y protesto me hallará siempre pronto a medios pacíficos en cuanto sea compatible con la libertad de esos pueblos.

Aprovecho esta ocasión para ratificar a usted la particular atención con que tiene el honor de ser de usted su seguro servidor.

*José de San Martín.*